

CARMEN CORDERO AMORES

Guatemaltecas II

La hija del Tiempo



éride ediciones

Capítulo 1

Don Saq Mutul

—Sólo la recibo en mi casa porque su abuelita me lo pidió.

—Discúlpeme maestro pero... no le entiendo.

—Pues usted mejor que nadie debería entenderlo m'hija. Mal empezamos si ya me cuestiona una verdad tan simple. Saq'iribal me visitó en sueños para platicarme de usted. Me visita con frecuencia, es una de mis abuelas maestras.

—¿Mi abuelita?

—Cabal. La misma que le dijo a usted que sería su sucesora. Puede venir la semana próxima. Ya veremos cómo le va... de todas formas, sólo los nahuales(*) deciden a quién le dan su confianza.

Desde que volvió a pisar tierra guatemalteca, Ixchel supo que su destino era encontrar a la niña que podía escuchar a las plantas y recibir mensajes de las serpientes, pero, a pesar de encontrarse donde quería estar, el sentimiento de que tampoco allí encajaba, seguía atormentándola. Nunca, desde que abandonó la selva siendo una niña, se había sentido integrada en ningún sitio. En realidad, hacía mucho tiempo que dudaba de que hubiera un sitio para ella en alguna parte. Después de su paso por España, a pesar de haber vivido en los arrabales más tristes de Madrid, la ciudad de Guatemala le pareció más pobre y caótica de lo que recordaba. Los viejos tendidos eléctricos, con cables revueltos que parecen a punto de desplomarse, las calles rotas y llenas de baches, las fachadas desconchadas y

sucias, la ausencia de aceras para caminar, el tráfico desordenado, los autobuses sobrecargados dejando una espesa nube negra a su paso, las miles de motos zigzagueando entre los autos aprisionados por el atasco monumental de las horas «pico», mostraron una realidad más precaria de lo que recordaba, pero, muy pronto, la ciudad volvió a ser suya.

En pocas semanas se reconoció en aquel caos, recordó su paso por los barrancos, el paisaje de desolación que se divisaba desde el Puente del Incienso, la miseria y el maltrato que la llevaron a autodestruirse con alcohol y drogas, los niños sin esperanza que malvivían entre basuras, el hijo que perdió tras una brutal paliza y su incapacidad para volver a ser madre, su huida a España y su vuelta a los infiernos... Los barrancos de Madrid eran aún más desoladores que los de su propia tierra.

Pasó unas semanas en la casa de los padres de Marcela, los benefactores que la acogieron de niña tras la masacre de su comunidad. Doña Violeta había olvidado sonreír y grandes surcos de dolor marcaban sus mejillas. El gran don Alejandro comenzaba a hacerse chiquito, tal vez por lo que había magnificado su recuerdo durante el tiempo que vivió exiliada de su propia vida. La vieja María estaba encorvada y casi ciega. Era una anciana de trenzas blancas que seguía cuidando de su patrona con la misma fidelidad de siempre, solo que ahora era doña Violeta la que se ocupaba de las tareas de la casa que ella ya no podía realizar. Se habían intercambiado los papeles, pero ninguna de las dos parecía darse cuenta de ello. Los ojos de flema de María brillaron de alegría cuando reconoció su voz y pudo abrazarla.

—Sabía que vendría antes de que yo me marche, m'hija. Ya no podía usted tardar, porque me queda poco tiempo.

—No me diga eso, nana María. Me llenan de tristeza esas palabras, ahora que acabo de regresar, no me hable de su marcha.

—No tenga pena mi niña, ya viví lo suficiente; y no he tenido una mala vida. Así es. Maltiox (*) por mi vida. Si. Así es.

Las manos reseca de la anciana recorrieron el rostro de la joven, le acarició la cabeza y la trenza que tantas veces peinó cuando era una niña.

—¿Cuándo encontró usted la bolsa de mi abuelita? — Preguntó Ixchel con lágrimas en la garganta— Creí que la había perdido cuando me escapé con Rosaura a la selva... me parece que hace siglos de eso.

—Estaba en su mero cuarto m'hija, bajo el catre. Allá estaba, oculta en la oscuridad. La encontré poco después de que usted se me fuera de la casa de Santa Cruz —María apartó las manos del rostro de Ixchel y levantó la cabeza buscando algo de luz en su memoria—. Si, lo recuerdo bien... Cabal. El mero día que se la llevaron lejos después de que aquellos malnacidos me la secuestraran y me la violentaron con tanta crueldad. No, no... mejor ni acordarme de aquello...

Ixchel recordó los empujones, los golpes, las reiteradas violaciones que siguieron a su secuestro. Aún se estremecía cuando el olor a humedad podrida le recordaba el sótano donde la tuvieron encerrada. También recuerda el asalto y el tiroteo que precedió a su liberación, y la impresión que le causó encontrarse cara a cara con su padre, al que creía muerto. Fue un encuentro muy breve con el que creyó un fantasma, porque enseguida le vio morir en la refriega. Una bala le atravesó el cuello y ella pudo contemplar con horror como se desangraba a sus pies mientras le pedía perdón. Luego, su memoria borró el tiempo que pasó

desde que la rescataron hasta que tuvo que abandonar la casa de los Olmeda. Volvió a acariciar las manos huesudas de María y se las llevó hasta la bolsa de cuero que llevaba colgada bajo el huipil. La anciana la reconoció y repitió que la guardó para devolvérsela algún día, porque había sentido moverse adentro cosas que no deben moverse solas y supo que aquel saquito contenía objetos mágicos. Ellos encontrarían la forma de regresar con su dueña. Lo había escondido en un cajón de su cuarto, y casi lo había olvidado, pero de nuevo sintió que se movían cosas adentro cuando Marcela se despedía para salir hacia España. Algo en su corazón le dijo que debía entregarle el saquito a la joven señorita, para que encontrara a Ixchel y la trajera de vuelta a casa.

—Así fue m'hija— repetía una y otra vez la anciana—. El saquito la traería de vuelta a casa. Y mire no más, acá está... Acá esta... Ya puedo irme tranquila.

Desde que Don Saq Mutul aceptó ser su maestro, Ixchel había sido una alumna aplicada que no faltó ni un solo día a las reuniones. Apenas se relacionaba con sus compañeros y anotaba en una libreta todo lo que le llamaba la atención.

—Debemos generar un cambio mental para sentir, aprender y entender que todos los seres que habitamos la Madre Tierra somos hermanos.

Don Saq Mutul siguió con la mirada la espiral del humo del fuego sagrado, mientras se elevaba hacia el Corazón del Cielo. Sus ojillos brillaban en la profundidad de cientos de arrugas mientras marcaba con una mano muy oscura el compás de las palabras que dirigía a una docena de aprendices. Hablaba muy despacio y pausaba cada frase como si esperara una confirmación del Universo para seguir adelante. Mezclaba palabras en lengua Kiché^(*) y en castellano

con la solemnidad del que se sabe maestro, seguro de que ninguna de ellas caerá en el vacío. A veces intercalaba largos silencios para estudiar los rostros de los jóvenes reunidos alrededor del fuego con la mente y los oídos completamente abiertos para absorber cada palabra del maestro ajq'ij^(*).

—Cuando digo todos —retomó el hilo de su plática como si volviera de una ensoñación—, no hablo sólo de las personas, los seres humanos. Hablo también de todos los seres vivos que comparten nuestro planeta. Los animales, igual que sean grandes o chiquitos. Que vuelen, naden o se arrastren sobre la tierra. Hablo de todas las plantas también, desde las ceibas más ancianas hasta las bellas orquídeas... todo lo que ocupa un lugar en el tiempo y el espacio que compartimos...

El maestro vivía en un barrio a las afueras de la capital y había convertido su casa en una especie de santuario con altares requemados y velas siempre encendidas por todas partes. Detrás de la casa había un pequeño huerto en el que su familia sembraba hortalizas y otras plantas que a veces eran utilizadas en las ceremonias o como remedios. En el centro del huerto había un círculo de tierra endurecida y oscurecida por mil fuegos sagrados. Taburetes de troncos, cajas de madera y algún bidón de metal, colocados en círculo alrededor del fuego, servían de asiento a los estudiantes que aspiraban a convertirse en nuevos guías espirituales cuando la clase se alargaba en exceso. La clase duraba hasta que se extinguía la última llama y el maestro entraba en una especie de trance del que ningún alumno se atrevía a sacarle.

—Para nosotros los mayas —Don Saq Mutul miró al cielo—, el tiempo que viene con el nuevo sol es tiempo de felicidad, y el mundo que conocemos ahora, injusto, racista,

cruel, donde el hombre explota al hombre y destruye el planeta, se va acabar. Algunos dicen que eso ocurrirá ahorita mismo, en este mero año 2012 de la era de los conquistadores que está próximo a terminar.

Ixchel se removió al oír la fecha fatídica. Había escuchado muchas historias sobre el fin del mundo, las catástrofes que acabarían con la vida en el planeta, el fin de la Madre Tierra ahogada en toneladas de sustancias indestructibles como los plásticos que necesitan siglos para descomponerse, y puso toda su atención en cada una de las palabras del gran maestro sobre ese tema.

—En esa fecha termina el 13 Baktún y dará paso a una nueva era —continuó el maestro alzando la voz—. Pero en realidad no sabemos cuánto tiempo durará el proceso del cambio porque nos llegó la invasión hace más de 500 años y todos los hombres y mujeres sabios de entonces fueron asesinados. También quemaron toda la información que contenía esa sabiduría de miles de años y nos impusieron un calendario gregoriano con doce meses irregulares y una cuenta distinta a la nuestra, así que es posible que no hayamos hecho bien la cuenta larga, porque hay demasiados variables en la cuenta corta...

Las palabras del guía resonaron con una fuerza sobrenatural en su conciencia. Aún tenía la cabeza espesa para comprender muchos conceptos de su propia cultura, tan alejados del pensamiento occidental en el que había crecido. Aquellas palabras le sonaban extrañas.

—El 13 Baktún, según nuestro calendario, finalizará el próximo 21 de diciembre de este año 2012 —Don Saq Mutul volvió a mirarla y ella sintió que podía leer sus más íntimos pensamientos mientras hablaba—. Desde la creación hasta el fin de los tiempos, desde el nacimiento hasta la muerte, desde lo más grande hasta lo más pequeño, todas

las criaturas visibles e invisibles, estamos inmersos en un plan divino que controla absolutamente todo, y esta nueva era que entra significa la ascensión a un nuevo estado de conciencia espiritual. Una oportunidad para que la humanidad retorne a comprender el propósito espiritual del Universo. Pero sólo lo harán aquellos que estén preparados para asumir la más grande responsabilidad como hijos de la inmortalidad.

Un murmullo de sorpresa se extendió por todo el grupo de aprendices. El anciano percibió la inquietud que sus palabras producían en algunos de sus alumnos y decidió bajar el tono de su discurso para ponerse más al nivel de los jóvenes.

—¿Qué es lo que les inquieta tanto? —elevó la voz para recuperar su atención—. No deberían estar apurados por algo que nuestros antepasados predijeron hace miles de años. De acuerdo con sus estudios e investigaciones astronómicas, el año 2012 comienza un nuevo ciclo de tiempo en todo el sistema planetario; una nueva era que trae consigo la posibilidad de una nueva conciencia cósmica y de transición espiritual hacia una nueva civilización. Se acerca el final de los 13 baktunes, un período de 5,125 años, que se marcará en el Cosmos mediante un hermoso fenómeno astronómico, un auténtico poema celeste. —¿Qué quiere decirnos con un poema celeste? No parece que la poesía tenga mucho que ver en esta historia —interrumpió un joven de gafas con el pelo trenzado.

—El Sol del solsticio de invierno llegará a estar exactamente encima del cruce que forman en el cielo el ecuador galáctico, o sea, el centro de la Vía Láctea y la eclíptica del Sol—habló más despacio y con un tono mucho más paciente para que los aprendices pudieran comprender un tema que sabía complejo—. El Sol, acompañado de Venus

y la Tierra, atravesarán perpendicularmente la Vía Láctea, y formarán una cruz astronómica. Para los astrónomos será un hermosísimo poema, en sentido metafórico, claro.

—Comprendo su metáfora, maestro —contestó el joven— pero... ¿Qué relación puede tener esa poética configuración celeste con el cambio de la vida en la Tierra?

—Este sería el momento del inicio de un cambio psico-biológico en todos los seres vivos, particularmente en la humanidad —hizo una pausa larga, para darles tiempo a asimilar la información—. Será la más fuerte activación de la verdadera esencia humana: el espíritu. En este sentido, la humanidad inicia un nuevo trayecto que lleva consigo el cambio de ADN, la molécula que forma parte de todas las células y contiene toda la información genética que usan los seres vivos en el transcurso de su desarrollo y funcionamiento. Este ácido es responsable de transmitir a las generaciones la herencia entre la cadena familiar. Lo cierto es que lo que acontecerá en el 2012 nos anuncia un cambio en la herencia cósmica. No es algo que ocurra de la noche a la mañana, es un proceso que llevará muchos años y dejaremos cada vez más el ejercicio de nuestra materialidad, ambiciones, orgullo y codicia para cultivar mucho más el arte, la poesía, la comprensión, la bondad, el amor, en fin todo lo que tiene que ver con el espíritu, hasta reconocer que como seres humanos constituimos el propósito espiritual del Universo. Iniciaremos pues la mutación genética al tiempo de empezar a liberar la energía física que altera y afecta el entorno.

—Así pues —dijo una alumna sin levantar la vista del fuego—... ¿No se nos va a acabar el mundo? Se dicen muchas cosas por ahí...

—Ninguno de los que platican así conoce los significados del calendario maya y lo que significa un tún un

katún o un baktún y como afectan a la vida de todos los seres vivos. No entienden la espiritualidad del pueblo maya, ni siquiera son capaces de darse cuenta de que todo es cíclico, y no hacen más que repetir todas las barbaridades que marca la propia historia.

—Con todos los respetos, maestro —un muchacho de ojos despiertos se levantó para hablar— ¿Dónde ha estudiado usted todo esto? ¿Nos podría explicar algo más de lo que significa?

El viejo ajq'ij entornó los ojillos y dejó asomar una sonrisa condescendiente.

—Pues verán ustedes... La cultura maya siempre sintió a la humanidad entera, no solo a su comunidad, a su pueblo o a su gente, y siempre pensó en la felicidad de todos los pueblos de la Madre Tierra. El descubrimiento de la nueva conciencia va dirigido a todo el mundo que desee ampliar el horizonte de su propia conciencia donde quiera que esté. Nuestros sabios astrónomos estudiaron el cielo durante muchos años y nos dejaron un legado que ningún otro pueblo ha guardado como nosotros. En el calendario de nuestros antepasados está escrita toda la historia del mundo, de las cosas que ya han pasado y de las que están por pasar.

El maestro hizo una nueva pausa y les permitió que pudieran hacer comentarios entre ellos. Durante unos minutos les dejó libres para que intercambiaran opiniones e inquietudes y cuando consideró que ya les había dejado suficiente tiempo libre, elevó de nuevo los ojos al cielo y retomó su discurso con energía renovada.

—Como les he dicho, esta fecha anuncia un cambio en la herencia cósmica —volvió a marcar el compás de sus palabras con la mano—, no es precisamente que ocurra de la noche a la mañana, el proceso llevará muchos años, tal

vez cientos, o miles, no podemos saberlo con exactitud... pero dejaremos cada vez más de lado lo material para constituirnos en el propósito espiritual del Universo. Iniciaremos pues la mutación genética al tiempo de empezar a liberar la energía física que altera y afecta el entorno.

—¿Quiere decirnos pues, que las cosas van a cambiar para bien? ¿Que los hombres ricos y poderosos ya no van a explotarnos ni a masacrarnos más? —Ixchel elevó su pregunta sobre el murmullo de sus compañeros.

—No es tan fácil m'hija —el anciano se acercó a ella—. Los ricos no van a abandonar sus riquezas así como así, no... los poderosos no van a compartir el poder de buena gana. Sin embargo, nuestros ancestros penetraron en los profundos secretos del Universo, compartieron con los sabios, los grandes pensadores, los padres y las madres de los misterios del espacio y el tiempo y así lo predijeron. Tuvieron acceso a conocimientos ocultos ahora a la mayoría de los seres humanos. Y nos dejaron marcado en el calendario que ahorita, en estas fechas, llega el tiempo del espíritu.

—¿De veras lo cree usted? Ixchel no pudo evitar una sonrisa incrédula.

—Habrà que ver si el hombre escucha la llamada y si es capaz de comprenderla —el maestro, tomó un largo bastón ennegrecido que reposaba junto a su taburete, removió el fuego extendiendo las brasas por todo el círculo y volvió a dirigirse al grupo—. Muchos hombres ya se están preparando para ello, otros aún no lo saben pero comienzan a percibir el cambio.

Los jóvenes intercambiaron opiniones entre ellos. Unos anotaban las palabras del viejo con desgana y otros con verdadero entusiasmo. Ixchel no apartaba los ojos de los del maestro que siguió diciendo:

—El espíritu se encarna en la materia, en una sociedad con seres en distintos niveles de evolución, allí vive una serie de experiencias que lo llevan a comprender la razón —miró al cielo donde las nubes se oscurecían y amenazaban tormenta—. Sólo nuestra propia transformación interna puede conducir a los nuevos sentidos, darnos salud, e integrarnos con todo el mundo en una nueva realidad de paz y armonía.

—¿Y cómo se va a producir eso? —preguntó otro alumno.

—Millones de hombres y mujeres encontrarán su paz interior —el anciano se giró hacia la voz que le había preguntado—, y al hacerlo, podrán abrir los archivos históricos de todo lo que han vivido, pues sólo en ese momento, los podrán ver sin juzgarlos como parte de un proceso de armonización. Aparecerá una nueva cosmovisión espiritual, las relaciones se establecerán a partir de los puntos de unión y no de separación, los hombres serán más flexibles, y buscarán la paz. Estos cambios ocurrirán en todos los niveles, físico, mental, y espiritual, y a todas las escalas, individual, familiar, comunal, planetaria, y galáctica. La mayor transformación ocurrirá cuando se comprenda al Universo como un proceso de evolución eterna de la conciencia de los seres.

Aquellas palabras no tenían sentido alguno para Ixchel que no veía futuro para la humanidad corrompida. Y los mayas menos que nadie podrían mostrar al mundo lo que se les avecinaba. No existen fuera de sus territorios... a veces ni dentro de ellos, ni en su propio país.

—No se me vaya hoy Ixchel —la voz del anciano, muy cerca de su oído, la sobresaltó—, tengo que platicar con usted m'hija. Y ustedes —se dirigió al resto de alumnos—, ya pueden marcharse. Por hoy hemos tenido bastante. Piensen

en todo lo que hemos estudiado y busquen en sus corazones las respuestas que andan buscando. Nos vemos la semana próxima.

Ixchel aguardó con inquietud a que sus compañeros se marcharan, pues el ajq'ij nunca concedía tiempo extra a ningún alumno ni solía responder a preguntas fuera de lo que podría definirse como «clases». Cuando todos sus compañeros se hubieron marchado, el guía comprobó que el fuego estaba casi extinguido, luego miró al cielo y dijo:

—Entremos a la casa, m'hija, no tardará en llover y mis huesos ya no soportan bien la humedad.

Caminaron lentamente hacia la humilde casa del maestro, una pequeña pero sólida construcción de ladrillo y concreto (*) con las paredes ennegrecidas por el humo de las candelas y fuegos de las ceremonias. Estaba muy oscuro y olía a hierbas, cera vieja y a polvo antiguo. La puerta por la que entraron desde el huerto trasero daba directamente a lo que parecía la cocina-comedor y cuarto de estar y unas rústicas escaleras sin barandilla se perdían en un piso superior. El anciano le mostró una silla junto a un pequeño ventanuco mientras él se arrellanaba en un viejo sillón de madera.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Ixchel con timidez.

—No m'hija, no ha dicho nada malo. No son sus palabras las que me inquietan —hizo una señal a una anciana camuflada en la penumbra y ésta se incorporó sin hacer ruido y se puso a trastear en el rincón que hacía las veces de cocina—. Lo que me preocupa es lo que está en su corazón.

—No le entiendo maestro. ¿Qué puede haber en mi corazón que le preocupe?

—No es tanto lo que hay como lo que no hay.

—Sigo sin comprenderle... no se...

—No hay fe en él, Ixchel. No cree usted en mis palabras ni en las de nuestros antepasados. Su corazón sigue cerrado a la luz del conocimiento y no saldrá de esa oscuridad hasta que no se abra a la verdad —le dirigió una mirada llena de ternura mientras afirmaba con la cabeza—. Su cabeza quiere abrirse m'hija, yo sé que es usted sincera en eso, pero su corazón está demasiado herido para obedecerla y de nada servirán mis enseñanzas. Tiene que pasar por la prueba de la tierrita y encontrar su melodía interior.

—¿Tengo que encontrar una melodía? ¿Se refiere a una música, a una canción?

—Algo así, o un son, o un ritmo... de alguna manera, cada individuo tiene su propio son, una especie de clave vibratoria que permite que se reequilibren las energías de cada uno y se restituya la armonía interior. Usted perdió esa armonía y sus energías se desequilibraron cuando masacraron a su familia y destruyeron la aldea donde nació. Eso es muy duro. Mucha gente se pierde entonces y no vuelve a encontrarse más nunca, y vagan por este mundo y por el otro sin alma... y retornan una y otra vez y siempre viven la misma vida sin esperanza. Usted tiene que encontrar esa clave para que sus energías se equilibren. Sólo entonces podrá avanzar m'hija. Sólo entonces encontrará el camino que debe seguir. Busque en su interior. Busque en el viento, en el agua, en la tierra y en el fuego la melodía que la recomponga como ser humano. Búsquela m'hija. Regrese acá cuando la encuentre.

